

ta, aunque las figuras dominantes en sus libros queden siempre subordinadas a las de ese coro de tragedia griega, desde el que se acecha, se testimonia o se persigue con el remordimiento, a la menor oportunidad.

En una consideración literal y, casi podríamos decir, epidérmica, la voluntad de Marañón no se presta a duda. Desde la órbita de la cultura biológica se traslada al análisis humano, demasiado humano, de los personajes históricos que le inquietan o le sorprenden por lo desbordante de sus temperamentos, la espectacularidad de sus consecuencias personales, y la actitud que les sirve como un disfraz frente a los demás, frente al público. Pero, ¿qué sobresale de esa caracterización paulatina, semi-sistemática, que dilata sin violencia los límites de la ciencia histórica para transformarse en figuración narrativa? El análisis de una fenomenología del poder, por el reflejo de las debilidades, grandezas, miserias, errores y desmitificaciones de seres reales, dotados de carne, hueso, psicología, carisma... E incluso, a veces trepando hasta las alturas donde se mueven sus protagonistas, o a la de los hechos que les envuelven, el profundo *error* humano que posibilita y desencadena la tiranía, el asesinato y los grandes desastres colectivos.

Puede argüirse que en Marañón, como intelectual —queda aparte, mas no despreciada, su tarea de investigador y divulgador de doctrinas clínicas y médicas, con un sentido renovador— predomina la pasión del escritor que se dedica a historiar el pasado. Pero, y aquí es posible captar la firmeza con que se funden sus conocimientos sobre el individuo, en las actitudes y en el dolor físico de sus personajes, ¿no hay una reelaboración de sus experiencias personales en un plano de recreación, de parábola moral? ¿No existe en su obra un «rehacer» la secuencia de los hechos en sus términos justos, una reconstrucción de lo ocultado por las murmuraciones, las impresiones de la crónica oral, las versiones populares exageradas y las interpretaciones interesadas? ¿Y no es menos cierto que ese proceder refleja un ansia de regeneración que actúa como una réplica al pasado?

La culminación de Marañón como analista de caracteres en los que concurre un ejemplo de interés universal, entendido a la manera histórica, nos proporcionará la respuesta. En efecto, Marañón obra como un investigador de la historia. Pero también «narra» este proceso, al igual que lo hace Christa Wolf en sus obras de inspiración mitológica —*Cassandra*— o de recuperación literaria de otro tiempo —*En ningún lugar, en parte alguna*—. El interés predominante de Marañón por el relato y, en mayor medida, por los relatos que reúne y concita una personalidad, le desplaza entonces hacia el ámbito de la figuración literaria, aunque verosímil.

En este sentido, la historia se afirma en su obra como un elemento que aporta la veracidad a los retratos —piedra angular de sus trabajos, de su personalismo al ejecutarlos— sobre la leyenda que asedia a los hechos, que siempre parecen inventados o imaginados.

No debe sorprendernos, por todos estos motivos, que esa cumbre de la obra de Marañón se halle representada por la confección de un retrato heterodoxo de Don Juan Tenorio. Esto es: en un relato donde la historia aparece cual un pretexto y en el que toda ficción es posible y disculpable.

Tras este retrato, que conlleva una interpretación peculiar de la virilidad constantemente sometida a prueba, quedan empañadas las semblanzas que realizaran sobre el

mito romántico, y desde perspectivas contrapuestas, Ortega y Pérez de Ayala. Y es preciso señalar que sólo hasta el *Don Juan* de Gonzalo Torrente Ballester —que califica su obra como «historia», y no como «novela»— ese entramado de intuiciones, hipótesis, devociones, sentimientos y afirmaciones científicas, expuesto con una indiscutible claridad, no se ve superado en su ámbito ficticio y tampoco en el literario.

¿Recreación, resurrección de atmósferas con una pretensión científica, histórica? Es posible. Es posible, de igual modo, que todo ello constituya un encubrimiento. Marañón, eminencia de la endocrinología, médico, historiador, intelectual que sabe afrontar sus compromisos con su país, con el individuo y con su talante liberal, fue un ensayista, actuó como tal. Eso resulta indiscutible. Pero su infatigable «ensayar», y no hay en ello descalificación, reprimió a un escritor que fue concienzudo al disimular dentro de concepciones científicas e históricas, el brío de su pluma. Tanto el lenguaje como la cultura, al igual que la disposición de sus numerosos, amenos y variados recursos, sin embargo, le desmienten, disipando esa apariencia ortodoxa.

Por esa grieta sería factible deslizar el reproche y el rechazo respecto al escritor que, en la práctica, creó un género intermedio entre la ficción novelesca —por su discriminación de personajes, por el juego de planos complementarios que sostiene las estructuras de sus escritos, por el modo de reconstruir lo histórico para seguir hablando del hombre al ser humano, por la dignidad precisa de su expresividad...— y la reflexión crítica. Sería factible si no fuera mucho lo que, con su trabajo, aportara Marañón a la conciencia de los individuos. Víctima de la distancia del contexto intelectual y artístico de la España que se agita y se aniquila preguntándose sobre su ser, en torno a los veinte y los treinta, años que tendrán su largo epílogo en la falsificación que se inicia con los cuarenta, su iniciativa responde al carácter solitario que ya no cuenta ni puede contar con los postulados del Noventa y Ocho. Y, a fin de cuentas, sólo en muy contados casos la llama renovadora de los autores españoles coincide en el tiempo con los signos de las evoluciones que acaecen en otras áreas europeas. Marañón trabajó para que esa escisión no reflejara un complejo, sin olvidar América, que parece lo más frecuente cuando se asimila el papel de encrucijada de la cultura española. Y por ello merece figura entre quienes interpretaron así la historia, como espacio neutral y aleccionador que facilitase el encuentro y la esperanza en trances difíciles.

Como sus amigos enfrentados, Unamuno y Ortega —el primero, escenificando en la literatura la evolución hacia un lenguaje íntimo, «su» lenguaje, la poesía, como redención de la muerte; el segundo, articulando una visión progresiva de la realidad que se adelanta al personalismo, sobre la crítica de la historia, como reafirmando en una condición de libertad individual frente al Destino—, Gregorio Marañón practica el retorno a la visión entera del humanismo, llevado de ese mismo impulso, controvertible pero honesto. En correspondencia con la naturaleza de su profesión, su obra transmite una revelación accesible propia de sentencias moralizadoras. Con la mayoría de sus coetáneos, superó la condición de discípulo aventajado. Soslayó una literatura que hablaba del ser humano a través de la contrariedad de los sentimientos y la proclama fatal de la desdicha. Pero él, anulando consciente o inconscientemente las distancias, optando por otros presupuestos vitales, reflejó con una profundidad y una humildad pocas veces igualadas el debate que discurre desde el dolor físico o la enfermedad hasta el

poder omnívoto de los advenedizos, los aventureros, los validos, los tímidos, los rencorosos y los ejemplares que gestaron interminables decadencias o incesantes leyendas negras.

Podría interpretarse como una compensación justa. La honestidad de sus revelaciones, sin embargo, no permite ignorarla.

Los historiales clínicos siguen abiertos...

**Francisco J. Satué**

